

## **Carta pastoral para el domingo dedicado a la dignidad de la vida.**

¡Queridos hermanos y hermanas de la diócesis católica de Estocolmo!

El tiempo de Adviento es siempre un tiempo de arrepentimiento y de recomenzar. Debemos prepararnos en un nivel aún más profundo en nuestras vidas para recibir a Jesucristo cuando llegue la Navidad.

Él continuamente quiere acercarse a nosotros y transformarnos cada vez más a través de Su gracia.

Al permitirse Dios nacer en nuestra tierra como un bebé vulnerable, nos señala la dignidad inviolable que todo ser humano tiene desde el mismo momento en que tiernamente comienza su vida en el útero de la madre hasta su último aliento.

A través de la encarnación, Dios se ha solidarizado con cada ser humano en su específica y única situación de vida. Con el don de la vida, nos ha mostrado a todos Su amor infinito y quiere llevarnos a todos a la vida eterna, que se nos ha abierto a través de la muerte y resurrección salvadoras de Jesús. El Espíritu Santo trabaja incesantemente dentro de nosotros para ayudarnos a recibir la luz que necesitamos y así poder vivir nuestra vida para la gloria de Dios y transmitir Su amor al prójimo. Toda nuestra existencia está destinada a ser una canción de alabanza a la misericordia de Dios, de la que a su vez nosotros somos parte, para darle a conocer y amar a través de la imitación de Jesús con nuestras acciones.

Jesús ha venido con *“un mensaje de alegría para los pobres”* (cf. Mt 11). Jesús ama a los que se encuentran en una situación desesperada y están necesitados, a aquellos que no tienen alguien que les defienda o ayude. En nuestro entorno, tenemos claro que los niños no nacidos están en una situación de especial riesgo. Ellos pertenecen a esa "gente invisible" que a menudo pueden ser eliminados en el silencio sin que la gente reaccione. Como cristianos, debemos hacer lo que podamos para salvarlos. Sobre todo, es importante tratar de ayudar a aquellas embarazadas que luchan en medio de tremendas dificultades y necesitan nuestro apoyo. Todos debemos estar mucho más comprometidos. En lugar de criticar y juzgar, debemos tener compasión y mostrarnos como seres humanos genuinos. Lo mismo ocurre con las personas que en la etapa final de la vida, al sentirse superfluas y mediar con dolores intensos, piden la ayuda para morir. Los cuidados paliativos deberían ser un derecho humano del que se beneficien todas las personas gravemente enfermas. Además, todos deberían experimentar el cuidado compasivo y la amabilidad, ya que es esto lo que hace que la última parte de la vida sea más pacífica y armoniosa. Como discípulos de Jesús, debemos mostrar un amor profundo por los gravemente enfermos y moribundos. Nadie tiene derecho a despojar de la vida a otra persona. Lo que sí debemos hacer, en cambio, es todo lo posible para hacer que la vida sea mejor y

más fácil para todos. Así las voces que a menudo claman por la eutanasia, se callarían.

En un clima social en el que el individualismo es la tónica, la soledad y el aislamiento parecen ir en aumento. Uno puede permanecer muerto en su departamento durante tres meses sin que nadie lo note. Ante esta situación, los cristianos tenemos una enorme e importante tarea que cumplir. En nuestras parroquias podemos crear un ambiente familiar y amable, donde tratamos de cuidarnos unos a otros y ayudar a quienes han acabado excluidos. Debería haber grupos cuya misión sería tratar de mantener el contacto con los ancianos y enfermos visitándolos. Siempre hay grupos vulnerables como pueden ser los refugiados o los prisioneros, que necesitan de nuestro apoyo. En nuestros vecindarios –a menudo bastante anónimos–, podemos intentar hacer algo para mostrar consideración y amabilidad.

Durante el Adviento, las personas están más abiertas al mensaje cristiano. Muchas personas cuelgan una luz en forma de estrella de Adviento en su ventana o ponen un candelabro. Nuestro cometido es ayudarles a ver que esa luz siempre señala a Aquel que es la Luz del mundo, Jesucristo. Junto con la Virgen María, que está esperando el momento de dar a luz a Jesucristo para el mundo, esperamos también nosotros su nacimiento en nuestros corazones y en los de todos los hombres. María puede ayudarnos a vivir más intensamente el misterio del Adviento. *“Porque los misterios de Cristo aún no se han cumplido por completo. En la propia persona de Jesús están terminados, pero no en nosotros, que somos sus miembros, o en la iglesia, que es su cuerpo misterioso”* (San Juan Eudes).

Si tratamos de vivir los misterios de Cristo, nos acercaremos a él y nos volveremos más iguales a él. Y es entonces cuando podremos transmitir su gracia y amor a todos nuestros conocidos, y especialmente a los más necesitados y angustiados. Toda nuestra vida, por tanto, debemos vivirla en unión con la propia vida de Jesús. Así podemos ayudar a las personas a ver cómo Jesús quiere guiarlos a través de esta vida y hacia la vida eterna, donde quiere reunirnos a todos. *“La vida eterna es Cristo mismo”*, dice San Agustín. Aquí en la tierra, cada ser humano ha recibido su vida como un regalo de Dios para crecer en amistad y compañerismo, las cuales perdurarán más allá del límite de la muerte. Por lo tanto, cada persona, quienquiera que sea y lo que haya hecho, debe ser respetada y honrada. Como cristianos, se nos ha confiado una misión honoraria que es la de involucrarnos en la defensa de los más vulnerables y amenazados, los que solo nos tienen a nosotros.

Con mi oración y mi bendición para todos vosotros.

Stockholm, primer domingo de adviento de 2019.

Cardenal Anders Arborelius OCD